

La nueva razón del mundo: ensayo sobre la sociedad neoliberal
Christian Laval y Pierre Dardot
Barcelona: Gedisa, 2013
432 páginas

La razón neoliberal: economías barrocas y pragmática popular
Verónica Gago
Buenos Aires: Tinta limón, 2014
320 páginas

Gobernar a través de la deuda: tecnologías de poder del capitalismo neoliberal
Maurizio Lazzarato
Buenos Aires: Amorrortu, 2015
256 páginas

La muerte de la clase liberal
Chris Hedges
Madrid: Capitán Swing, 2016
312 páginas

De entre la gran cantidad de publicaciones que han surgido al calor de la crisis económica y financiera que estalló en 2008, una serie de libros publicados en los últimos años¹ se dedican a desentrañar el funcionamiento del sistema neoliberal. Siendo rigurosos, el primero de los libros que se discutirá en esta reseña no trata sobre neoliberalismo sino sobre la clase que habría permitido que se considere la única opción económica. Para el escritor, periodista y activista norteamericano Chris Hedges (*La muerte de la clase liberal*, 2016) la clase liberal habría desertado de su función crítica contra las actividades del estado y las corporaciones. Si el liberalismo clásico se fundaba en el individualismo, el igualitarismo, el universalismo y la fe en el progreso de la raza humana mediante el empleo de la razón, añadiendo posteriormente entre sus demandas el reparto de la riqueza y la promoción del estado del bienestar, lo que queda de esta forma de pensamiento continúa creyendo que es posible conseguir la igualdad a través de la participación electoral y de reformas constitucionales. Como consecuencia de esta ceguera liberal, la sociedad americana habría sido víctima del sostenimiento de una economía basada en la guerra permanente, del desmantelamiento de la clase popular, de la persecución y judicialización del comunismo en Estados Unidos y de una educación y cultura artística que se habrían desvinculado de los problemas sociales al sucumbir a los cantos de sirena del poder económico.

La narrativa que propone Hedges en su libro es la de una clase social que habría traicionado sus valores fundamentales después de una etapa de florecimiento inicial en el siglo XIX y que durará hasta la primera guerra mundial. En este momento el estado y las corporaciones comenzaron a tomar control de los problemas sociales de manera exclusiva lo que para Hedges desembocará en la aparición de una sociedad de consumo centrada en el culto al yo y cuya opinión pública silencia

NOTAS

1 | Exceptuando el libro de Verónica Gago, el resto de obras fueron publicadas anteriormente en su idioma original: Pierre Dardot et Christian Laval. *La nouvelle raison du monde. Essai sur la société néolibérale*. La Découverte, 2009; Hedges, Chris. *The death of the liberal class*. Nation Books, 2010; Lazzarato, Maurizio. *Gouverner par la dette*. Les Prairies Ordinaires, 2014. En la realización de esta reseña se han utilizado la versión en español del libro de Laval y Dardot, y las inglesas de los libros de Hedges

las voces independientes. En la segunda guerra mundial, la clase neoliberal va a comenzar a acelerar su degeneración en favor de un profundo anticomunismo que se expandió con la guerra fría y que luego llevaría a la globalización mediante el imperialismo y el capitalismo sin trabas. Lo que queda después es el liberalismo como mito y una fe legislativa imperturbable a pesar de la influencia de las compañías en su creación. La purga de intelectuales críticos que tuvo lugar con la caza de brujas de los 50 influyó de manera evidente en el criticismo que una vez caracterizó a los liberales. Muchos de ellos flirtearon con el comunismo durante la gran depresión, de modo que su persecución debilitó al liberalismo estadounidense e hizo descender el número de afiliaciones sindicales.

NOTAS

(en versión electrónica) y Lazzarato (*Governing by debt*, Semiotext(e), 2015).

Con este acontecimiento la posibilidad de una vía reformista muere también ya que el sistema se va a polarizar hasta asemejarse a un teatro político. Este fenómeno puede resultar familiar para los lectores del estado español en tanto que podrían resonar algunos de los argumentos que se esgrimen en el volumen editado por Guillem Martínez, *CT o la cultura de la transición* (2011). Lo que tendrían en común sería la puesta en escena de un sistema democrático que aparentaría alentar la pluralidad de voces pero que en realidad mantiene bajo control las críticas ya sea mediante becas y subvenciones o bien mediante el ostracismo profesional, académico o mediático. El resultado es una cultura acrítica que en los momentos de conflictividad (guerras, terrorismo, crisis económicas) se aferran el consenso bajo la máscara del patriotismo, el interés general o en los casos de mayor cinismo, simplemente del beneficio propio. Uno de los principales males de la clase liberal según Hedges es su apoyo constante a las guerras imperialistas americanas. Los conflictos bélicos desactivan los poderes de la clase obrera y de la sociedad en general eliminando muchas veces derechos que el estado nunca vuelve a ceder. De ahí que Hedges hable de totalitarismo invertido en donde el poder está en manos de las corporaciones y la ciudadanía se ha desmovilizado. En lugar de un líder como en el totalitarismo clásico, ahora es la corporación anónima la que lo vertebra. Y el poder en el que se sustenta no es el constitucional sino el judicial, con jueces ratificados por las mismas corporaciones a las que favorecen en sus fallos. Uno de los ejemplos que cita el autor es cómo el tribunal supremo protege las contribuciones de las grandes compañías durante la campaña electoral como si fueran efectuadas por individuos privados. Las empresas son la democracia en Estados Unidos, de ahí que nunca se cuestionen el billón de dólares que se emplean en gasto militar.

Con las continuas intervenciones bélicas y la propaganda que estas conllevan se va produciendo poco a poco un cambio de valores en la sociedad americana: se destruye la identidad regional y las diversas tradiciones derivadas de la inmigración y comienza a darse un consumismo compulsivo; la prensa se concentra y monopoliza como resultado de la cultura corporativa. El pueblo se amansa por el consumismo y la homogenización cultural. Hedges recuerda que en el período de entreguerras, y como respuesta a la gran depresión, todavía aparecían iniciativas como el Federal Theatre Project, un intento de practicar teatro innovador y que al mismo tiempo llegara a las masas. Sin embargo con la posguerra empieza a imponerse definitivamente la idea de que arte y política no se pueden mezclar y

las obras comerciales y de evasión vencen en su disputa por ganarse al público.

Una de las ideas sobre la que el autor vuelve constantemente es la pérdida de valores morales, seguramente por su formación religiosa (Hedges hizo estudios religiosos en Harvard y recientemente fue ordenado pastor de una iglesia presbiteriana). Con el ascenso del estado corporativo se pasa a una ética de trabajo que no estaría basada en ciertos elementos característicos del protestantismo (autocontrol, ascetismo, culpa), sino en los de un capitalismo cuyas principales características sería una estandarización de tipo maquinal (laboriosidad, previsión, ahorro) y cuya expansión durante el boyante período de la posguerra impulsará el consumismo compulsivo y valores como el lujo, la autocomplacencia o el despilfarro. De ahí que para Hedges después de la guerra los artistas antepongan la autoexpresión y opten por el cinismo político y el hedonismo. Por ejemplo, el autor menciona cómo el expresionismo abstracto (de por ejemplo un Pollock) deja de lado la función social del arte; o cómo la ética de la generación Beat encajaría bien con el consumismo. Se pasa de un arte con propósito social a artistas centrados en «el psicoanálisis y la vida bohemia».

El hedonismo y el culto al yo de los 60 son los valores que ya habrían corrompido los anteriores movimientos contraculturales de principios del siglo XX. La nueva izquierda encontró su inspiración en las luchas contra la guerra de Vietnam y del tercer mundo más que en los movimientos de los trabajadores, a los que consideraban comprados por el capitalismo. De este modo Hedges critica la falta de politización de una izquierda cuya cultura parece altamente influida por el culto al yo al tiempo que critica el vacío moral y la falta de fidelidad a valores históricos como la verdad, la justicia o el amor. Y es que el autor opina que los reformadores de principios de siglo dejaron libre el camino hacia su propia disolución al celebrar el poder estatal como agente de cambios y dando por hecho que fenómenos como el confort y el consumo suponían muestras evidentes de progreso.

Para Hedges el cambio en las sociedades va a provenir de las clases destituidas, sin futuro, cuyo número se incrementará cada día más. Ve necesario conectar con dichas clases y prestar atención a sus formas de manejarse tanto contra el gobierno como contra las condiciones impuestas por el mercado y las corporaciones que lo controlan. En este sentido uno de los grandes aciertos del libro de Hedges es desempolvar toda una serie de movimientos sociales, especialmente los de la etapa de entreguerras, que proponían formas de vida y alternativas políticas aliadas con las clases populares.

El libro de Hedges no es un ejercicio de análisis sistemático pero sí de coherencia ética. El autor expone sus argumentos de manera clara y aporta numerosos ejemplos de la historia norteamericana contemporánea donde la clase liberal prefirió mirar para otro lado en lugar de ejercer algún tipo de oposición. Sin embargo hacia el final del libro su argumentación se vuelve algo repetitiva, sin que por ello pierda valor una voz que tiene el coraje de oponerse al orden establecido y de recordar a otros intelectuales y movimientos sociales que se opusieron a las políticas del estado corporativo. Se trata de una crítica audaz que muchas veces pone en el

centro del debate la figura del intelectual, aunque al final queda pendiente una discusión que profundice en la relación entre el compromiso moral individual y los movimientos sociales.

Los libros de Laval y Dardot y de Lazzarato tratan el neoliberalismo tanto desde un punto de vista de histórico como desde los tipos de subjetividades que generan sus políticas y sus prácticas. *En la nueva razón del mundo* el sociólogo Christian Laval y el filósofo Pierre Dardot hacen un recorrido histórico desde los inicios del liberalismo hasta el presente, analizando por el camino las problemáticas, tensiones y acontecimientos que marcaron el devenir del neoliberalismo. Una de las principales hipótesis que proponen es que el neoliberalismo no se regiría bajo un principio anti-intervencionistasino que muy al contrario los distintos gobiernos estatales habrían sido una parte muy activa en la implantación no sólo de legislaciones que favorecerían una economía global basada en la competencia, sino también de técnicas de subjetivación (Laval y Dardot llegarán a referirse a estas técnicas como «un nuevo sistema de disciplinas») cuya interiorización habría dado lugar a un nuevo tipo de sujeto. Este error de diagnóstico que ellos detectan sería otro de los males que podrían atribuirse a la clase liberal de la que habla Hedges (especialmente la denominada izquierda neoliberal o de la tercera vía): pensar que el neoliberalismo se puede contrarrestar con una mayor intervención del estado.

El modelo de análisis en el que se inspiran estos teóricos franceses proviene de la filosofía de Michel Foucault, quien en los cursos que impartió en el Collège de France en la segunda mitad de la década de los 70 comienza a desarrollar la noción de gubernamentalidad. Foucault desarrolla este concepto especialmente en su curso de 1978-79 sobre *El nacimiento de la biopolítica* y de manera muy resumida podría definirse como la dirección de la conducta de los hombres. El libro de Laval y Dardot podría considerarse una profundización y una actualización del trabajo comenzado por Foucault en ese curso. La genealogía que proponen, aquí presentada de manera un poco esquemática, comenzaría con una crisis de gubernamentalidad en la Europa del siglo XVIII y que hará que se pase de un modo de gobierno basado en la razón de estado que garantice su conservación, a una gubernamentalidad bipolar que se caracteriza por la limitación del gobierno: los gobernados intentan cada vez estar menos gobernados. Esta nueva gubernamentalidad tendría como centro un mercado que se autorregularía por medio del intercambio comercial entre dos partes iguales, o lo que es lo mismo, según la ley (naturalizada con el liberalismo) de la oferta y la demanda. Con la primera guerra mundial y la gran depresión de 1929 empieza a cuestionarse de manera definitiva este postulado liberal y el modelo ordoliberal, que tiene su origen en Centroeuropa, comienza a ganar fuerza. En lugar de un mercado que se autorregularía de manera natural, el ordoliberalismo entenderá el mercado como un mecanismo basado en la competencia y la función del gobierno será conseguir las condiciones ideales (pero siempre imposibles de alcanzar) para producir formalmente dicho mercado. Además el sujeto de esa competencia no es el productor o consumidor sino la empresa.

La siguiente mutación del neoliberalismo sucederá alrededor en los años 70 y 80 de la mano de gobiernos conservadores como el de Margaret Thatcher o Roland Regan, así como de los grupos de poder y medios de comunicación que apoyaban políticas de desregularización del mercado. Laval y Dardot llaman a este momento «el giro decisivo», cuando por medio de una «estrategia sin sujeto» (la convergencia de muchos actores con motivos heterogéneos durante las luchas ideológicas de los 70) que culminaría en una nueva forma de regulación a través de la competencia. Ordoliberales como Rüstow o Röpke pensaban que sobre la competencia no se puede levantar la sociedad entera, puesto que para ello era necesario un marco político y moral. La versión norteamericana del neoliberalismo (las actualizaciones que hacen del ordoliberalismo los teóricos afines a la escuela de Chicago) desechará cualquier otro marco que no sea el económico a la hora de valorar el gobierno de las poblaciones.

Para Laval y Dardot en este giro decisivo del neoliberalismo es fruto de la ideología, pero también de la puesta en práctica de nuevas disciplinas y racionalidades cuyo resultado sería la transformación en el plano subjetivo de los comportamientos sociales en base a dos ejes principales: «el cálculo maximizador y una lógica de valorización del capital» (2013: 93). La sucesiva implantación institucional (de por ejemplo organismos como el FMI o el Banco Mundial, entre otras instituciones) de este sistema disciplinario habría extendido esa «nueva razón» a fenómeno mundial.

Este tipo de racionalidad neoliberal daría lugar a un nuevo sujeto que los autores denominan como neosujeto, sujeto-empresa o emprendedor de sí mismo. A este sujeto se le ofrecería la libertad de elegir, o mejor dicho, la obligación de elegir como si se tratase de una empresa:

se ordena al sujeto que se someta interiormente, mediante un constante trabajo sobre sí mismo, a esta imagen: debe velar constantemente por ser lo más eficaz posible, mostrarse como completamente entregado a su trabajo, tiene que perfeccionarse mediante un aprendizaje continuo, aceptar la mayor flexibilidad requerida por los cambios incesantes que imponen los mercados. Experto en sí mismo, su propio empleador, también su inventor y empresario: la racionalidad neoliberal empuja al yo a actuar sobre sí mismo para reforzarse y así sobrevivir en la competición (2013: 335).

No es de extrañar que con semejante concepción de lo que un sujeto debe ser aparezcan toda una serie de malestares: inestabilidad laboral; desintegración de los vínculos sociales; desmoralización; proliferación de enfermedades psicológicas como la depresión, convertida ya en la enfermedad de la época; o la imposibilidad de pensar en el otro más allá de su «valor de goce».

La nueva razón del mundo es un libro denso, si bien no requiere de conocimientos muy específicos sobre economía para comprender sus propuestas. Se trata de una obra necesaria para entender el neoliberalismo y el tipo de subjetividades que promueve, y además viene respaldado por la contextualización histórica muy bien documentada sobre los orígenes del liberalismo económico y su evolución hasta

el neoliberalismo desatado que tan bien conocemos en la actualidad. En resumen, se trata de una visión de conjunto muy sólida y coherente sobre el neoliberalismo. El único inconveniente que quizá se podría plantear es que la imagen que se ofrece es la de un neoliberalismo «desde arriba» y no se atiende a las formas de resistencia que se dan desde la sociedad civil (algo sobre lo que se discutirá más abajo cuando hablemos del libro de Verónica Gago).

El libro de Maurizio Lazzarato, *Gobernar a través de la deuda: tecnologías de poder del capitalismo neoliberal* retoma también la noción foucaultiana de gubernamentalidad y al igual que Laval y Dardot la adapta a su hipótesis principal, a saber, que el beneficio, la renta y los impuestos imponen formas de subjetivación, especialmente los últimos a la vista de la reciente crisis económica donde se ha comprobado la tesis que proponían Gilles Deleuze y Félix Guattari: que el capitalismo siempre ha sido capitalismo de estado.

Al contrario que para Foucault, Lazzarato no piensa que la política sea el juego de las diferentes artes de gobernar, sino que el estado soberano se habría disuelto en el estado económico en donde «economy becomes indistinguishable from the state, political power from the power of capital, and governmentality from sovereignty» (2015: 100). El ordoliberalismo y el neoliberalismo de estirpe americana no serían sino dos modalidades de capitalismo que tratan de apropiarse no sólo del *surplus* industrial, sino también del social por medio de la deuda. Más allá de las diferencias entre decir que las técnicas de gobierno se alternan/complementan o se confunden, la tesis que propone Lazzarato es que con el advenimiento en el poder de las políticas neoliberales en los 70 se produjo el sometimiento de la sociedad al capital por medio de la financiarización y la deuda. A partir de los años 70 y especialmente de los 80, para producir valor se necesita conducir a la sociedad de manera que cada aspecto de su vida produzca algún tipo de *surplus* económico. Lazzarato coincide en que el mecanismo para esta explotación integral de la vida sería la competencia, lo que implicaba llevar el modelo de la empresa al individuo, y en el paso del capitalismo industrial al financiero no sería para Lazzarato sino el paso a una forma cada vez más efectiva de control. El colapso de la forma de valorización del capitalismo tardío no ha hecho sino extremar las medidas de los gobiernos neoliberales, como por ejemplo el europeo, hasta llevar a la destrucción de la sociedad mediante lo que Lazzarato denomina como una «gubernamentalidad autoritaria post-democrática» (2015: 112). El modelo de ciudadano sería el estudiante universitario norteamericano, sujeto a una deuda de por vida, cuya educación aparentemente le permitiría insertarse en el mercado laboral con ciertas ventajas competitivas respecto a otros individuos.

Lazzarato discrepa, en muchas partes del libro, del análisis que Foucault hace del liberalismo y su intensificación neoliberal (de hecho, tres de los capítulos centrales anuncian en el título que se trata de críticas de la noción de gubernamentalidad), como por ejemplo cuando dice que el filósofo francés se equivocaba al decir que las leyes liberales no intervienen en el mercado sino en las condiciones ambientales de este para que las supuestas características formales que se le atribuyen –fijar la

oferta y la demanda a través de la competencia— no se alteren. Para Lazzarato sin embargo la crisis económica de 2007 demuestra que «laws are prescriptive; they not only determine a formal framework, set the «rules of the game», but prioritize certain contents –and in minute detail» (2015: 110).

Además, para el italiano el dinero es una expresión del poder soberano del Estado. Lazzarato, como buen marxista, se lamenta de que Foucault no incluya el dinero en sus lecciones sobre biopolítica. Según la teoría del dinero de Michel Aglietta y André Orléan a las que apela el sociólogo, el dinero no aparece con el intercambio mercantil sino con la deuda. Habría dos tipos de deuda en el capitalismo: la deuda económica y la deuda política. La primera se daría en contratos entre individuos y la segunda en las supuestas lógicas de ciudadanía y solidaridad del estado. La función de la política sería la mediación del conflicto social para permitir la cohesión. Sin embargo, Lazzarato deja claro que este no ha sido el comportamiento durante la crisis de 2008 cuando los estados sí aceptaron cubrir el déficit de los bancos pero no reconocieron la deuda social. Muy al contrario, no han hecho sino aprobar de manera continuada toda una serie de medidas de austeridad. El resultado de ello es que la deuda privada (la de los bancos) pasaría a convertirse en deuda social.

Es quizá en esta ligazón del estado moderno con las finanzas donde la crítica que hace Maurizio Lazzarato a la gubernamentalidad de Foucault sea más productiva. Lo cierto es que la crítica que Lazzarato pretende realizar a la noción de gubernamentalidad se asemeja en muchos puntos a lo propuesto por Foucault. Al menos la parte en la que Lazzarato afirma que el capitalismo es siempre capitalismo de estado. No se podría explicar de otra forma que Laval y Dardot lleguen a una conclusión similar cuando dicen que el «error de diagnóstico» es pensar que el *laissez-faire* supone la no intervención del Estado (o su retirada). Solo hacia el final del libro, cuando Lazzarato introduce la axiomática propuesta por Deleuze y Guattari, empieza a acercarse a lo que probablemente era el verdadero objeto de estudio de Foucault: no tanto el capitalismo en sí sino una «historia de las veridicciones». Según Lazzarato los axiomas son «operative statements that constitute the semiological form of Capital and that enter as component parts into assemblages of production, circulation, and consumption» (2015: 148). El sociólogo italiano ofrece la definición de Deleuze y Guattari, pero dice que Foucault da buenas descripciones de cómo funcionan, por ejemplo, en el modelo ordoliberal. Lazzarato entiende que la mayor innovación en relación al marxismo del capitalismo financiero es que el capital se ha constituido en un operador semiótico y los flujos de signos entran en el flujo del proceso de valorización capitalista. Así cuando se refiere al diálogo entre «tecnófilos y tecnófobos», ahonda en esta cuestión: «utopians and doomsayers neglect the fact that man-machine relation is always bound to a social machine, to a capitalist axiomatics or a war machine, in other words, to a politics of possibility and impossibility» (2015: 207). En contraposición a la máquina técnica que se define como la transformación de diferentes tipos de energía e información, para Lazzarato la máquina social establece a través de la política el sistema de lo que es posible e imposible.

El libro de Lazzarato se apoya bastante en la teoría capitalista de Deleuze y Guattari, de modo que en comparación con la obra de Laval y Dardot (quienes organizan su libro atendiendo en mayor medida la evolución histórica) *Gobernar a través de la deuda* puede resultar más abstracto para el lector. En cualquier caso se trata de un estudio importante que sugiere interesantes preguntas sobre la relación económica entre el estado y los ciudadanos así como entre el estado y un sistema capitalista sostenido por la deuda.

Por su parte Verónica Gago propone en *La razón neoliberal*, haciendo suya una línea de estudio que Foucault deja abierta también en *El nacimiento de la biopolítica*, que si bien en Latinoamérica se vienen haciendo desde los 70 experimentos con políticas neoliberales impulsadas desde arriba, es posible también leer el neoliberalismo, de nuevo desde el concepto foucaultiano de gubernamentalidad, aunque prestando mayor atención a las transformaciones que se llevan a cabo desde las clases sociales populares. Se trata entonces de pensar un neoliberalismo desde abajo como «la proliferación de modos de vida que reorganizan las nociones de *libertad, cálculo y obediencia*, proyectando una nueva racionalidad y afectividad colectiva» (2014: 10). En cierto sentido, sería el reverso necesario del libro de Laval y Dardot, puesto que presta atención a las lógicas neoliberales en su contacto con formas de hacer populares.

El libro de Gago supone además la puesta en práctica de una teoría que se basa en un conocimiento situado, puesto que prácticamente en todos los capítulos el lector encuentra los frutos del trabajo de campo llevada a cabo por la autora como parte del Colectivo Situaciones. De ahí que cada uno de los capítulos visite los lugares donde se desarrollan formas de vida populares: la feria, el taller textil clandestino, la villa o el gueto. Estos lugares, al tiempo que participan de las lógicas neoliberales descritas por otros autores más arriba, son capaces de desafiarlas gracias a ensamblajes heterogéneos (ilustrado con la noción de lo *ch'ixi* que Gago toma prestado de Silvia Rivera Cusicanqui) producidos por el choque de esas lógicas neoliberales con formas tradicionales de organizar la comunidad y que ponen en disputa el valor generado por estas.

Así por ejemplo el primer capítulo comienza describiendo la feria ilegal más grande de América latina: la salada. Lejos de haber reducido su actividad después de la crisis argentina de 2001, este mercado ha visto aflorar una multitud de prácticas basadas en la economía informal. La crisis se vuelve entonces lugar privilegiado de análisis que permite «formas de experimentación colectiva de otras formas de vivir, cooperar, intercambiar, protegerse» (2014: 31), mientras que la feria deviene heterotopía, espacio otro donde se muestran lugares incompatibles y que ponen en evidencia el orden existente. Y es que la feria es el mercado popular donde se ponen a la venta productos «truchos» (falsos) que sin embargo provienen de los mismos talleres donde se manufacturan los «originales» de las grandes marcas.

En el segundo capítulo Gago se acerca a los talleres clandestinos que proveen a las ferias y en donde se mezclan la explotación y la subordinación con lo que la

autora denomina una pragmática vitalista mediante la que los trabajadores buscan afirmar su autonomía y su libertad. Esta pragmática vitalista, un tipo de cálculo personal que mezcla progreso (individual o familiar) con prácticas comunitarias, no supondría una condición anticapitalista en sí misma pero sí formas de organización que no se apoyarían en instituciones tradicionales (estado, partidos, sindicatos,...) pero con las que sin embargo han de mantener conflictos y negociaciones. La propuesta de Gago va encaminada a ofrecer una nueva forma de observar las prácticas populares y sus capacidades productivas y constructivas, incluso cuando estas implican lógicas contradictorias.

Nada más contradictorio, por ejemplo, que el denominado trabajo esclavo de los talleres clandestinos –del que se ocupan los capítulos 2 y 3–, el cual adquiere un carácter ambivalente tanto por el fenómeno de feminización que sufre el trabajo (al trabajo esclavo se le atribuyen características asociadas con lo femenino: fidelidad, disponibilidad, inconmensurabilidad del trabajo, victimización extrema), como porque es precisamente el saber-hacer tradicionalmente asignado a lo femenino el que provee todo un repertorio de prácticas y afectos especialmente útil a la hora de producir riqueza comunitaria. Asimismo, el trabajo migrante adquiere una ambigüedad similar: se le denomina trabajo esclavo por su excepcionalidad (el sistema de explotación que encierra) al mismo tiempo que en el período que sigue a la crisis se ve como se produce la diseminación de esas mismas condiciones de trabajo.

Y es que la moralización y la condena que se hace del mundo de los pobres es otro de los campos de batalla de este libro. Por eso en su discusión sobre el neoliberalismo desde abajo, la razón neoliberal y la interiorización que se hace de ella en un lugar como la villa, ella prefiere pensar el cálculo de la gubernamentalidad neoliberal no como beneficio sino como *conatus* spinozista, como estrategia de perseverancia: «en el extremo, el *conatus* que se apodera del cálculo invierte el motivo neoliberal (...) y lleva el cálculo mismo hacia operaciones cuyo fundamento ya no es la medida sino el auto-despliegue del conatus colectivo» (2014: 212).

Es en este punto cuando Gago comienza a entrar en diálogo con las teorías populistas que se propagaron por el continente en los años 2000. El flujo de dinero canalizado por las iniciativas de las economías informales después de la crisis de 2001 es interpretado por el estado y los bancos. De ahí, por ejemplo, la bancarización de los subsidios que se produjo para ayudar a una parte de la población, que lleva a Gago a afirmar que la ciudadanía ahora se da por el consumo. El estado subvenciona no la desocupación, sino nuevas formas de empleo (con un fuerte peso de la informalidad y de las comunidades migrantes). El estado populista se apropia de las demandas de consumo de la ciudadanía mediante las subvenciones, de modo que monopoliza la «invención de la democracia» al situarse como actor privilegiado de lo que eran prácticas radicales y ambivalentes de la ciudadanía. Esto permite la entrada de la financiarización en los sectores populares, o como señala Gago, un nuevo tipo de extractivismo que no sólo se apropia de las materias primas sino también de la capacidad de valorización de las poblaciones periféricas.

Para Gago los acontecimientos que se produjeron en la Argentina de 2001 no supusieron una crisis del libre mercado sino de su legitimación política, de ahí su interés por ver de qué forma el neoliberalismo arraiga en las subjetividades populares incluso durante el período de expansión de los gobiernos populistas de la región. Por eso el último capítulo supone una crítica directa a la teoría populista de Ernesto Laclau, a la que, al menos en el caso argentino, Gago no considera capaz de ofrecer una imagen de la crisis más allá del ámbito de la retórica. La subordinación de lo social a políticas que vienen desde arriba impediría para Gago armar políticas que combatan un neoliberalismo mucho más atento a las dinámicas populares. La mirada compleja que Gago arroja sobre estas economías y las razones siempre ambiguas que las impulsan es lo que hace de su libro una lectura imprescindible.

Si *La nueva razón del mundo*, de Laval y Dardot nos ofrece la imagen de un neoliberalismo cuyo poder no se limita al campo económico -afectando eventualmente al político- sino un modo de gobierno que se expandiría a todas las áreas de la vida, Maurizio Lazzarato propone que el endeudamiento de por vida sería el principal modo de subjetivación neoliberal –aunque no el único. Y es que el neoliberalismo y sus políticas se apropian de todo lo que tocan, ya sea la tradicional combatividad crítica de los liberales (la tesis de Chris Hedges) o de las prácticas de resistencia de las clases populares y los gobiernos progresistas que intentan impulsarlas (como apunta Verónica Gago en *La razón neoliberal*). La historia nos dice que suele ser en los períodos de crisis cuando el capitalismo se repliega para rearmarse. Estos cuatro libros nos ayudan a entender mejor cómo se desarrolló el neoliberalismo así como el tipo de lógicas que impone, precisamente en un momento en el que parece estar en juego el futuro de un sistema que gobierna el mundo como si no hubiera otras formas de vivir en él.